

## TESTIMONIO No. 2.

### Presentación:

Publicamos este testimonio aun a sabiendas que de él se dará la conocida interpretación, "encubridora" de una realidad honda que brota de un serio proceso de transformación personal: "resentida social". Así quiere ensuciar la clase burguesa a quienes optan por los intereses de las grandes mayorías oprimidas de Guatemala desde una extracción social pudiente.

Luz Alicia Herrera.

1. ¿Qué la motivó a luchar por la transformación de la sociedad guatemalteca?

Le va a parecer un contrasentido, pero fue, precisamente, mi extracción de clase no proletaria. Proviengo de lo que podríamos denominar **burguesía agro-exportadora**. De niña, solían llevarme a la finca a pasar las vacaciones de fin de año. Estas vacaciones coincidían con el corte y la cosecha.

Fue allí donde las respuestas que se le daban a mis innumerables preguntas, no satisfacían mi curiosidad infantil ante los hechos que veía diariamente.

El indígena era considerado por mi padre, como una especie intermedia entre el humano y el animal. Me lo hizo notar varias veces. Por ejemplo, un día, viendo aquellos centenares de hombres, mujeres y niños bajar de las montañas, bañados en sudor, cargando enormes cargas, sentí una enorme congoja. Mi padre debió notarlos, porque me explicó que esos indios habían nacido para eso, que no eran capaces de otra cosa, que eran tontos, haraganes y borrachos, que no había en ellos ningún afán de superación, que no poseían nuestra inteligencia, la de los descendientes de españoles (nunca aceptó que se le llamara **ladino**; entre los blancos se situaba en la punta de la estratificación social y el término de ladino él se lo atribuía al mestizo o blanco que no poseyera un gran apellido).

En época de cosecha, los mozos colonos o rancheros que viven en la finca no son suficientes y se contratan jornaleros de regiones más áridas, que se ven obligados a emigrar a las fincas para ayudarse en su precario presupuesto familiar. Iban llegando en camiones, hacinados como animales, arrastrando su miseria y sus enfermedades. Los alojaban en enormes galeras que sólo tenían unos cuantos pilares y techo; no había paredes. Allí, cada familia se reunía alrededor de una hoguera previamente colocada, se les distribuía un comal (pieza de barro que sirve para cocer las tortillas de maíz), una lata de leche o de cualquier producto en la que cocían el maíz, una



piedra de moler y, naturalmente, los instrumentos de trabajo. No había, ni siquiera, una manta que dividiera a una familia de otra.

Yo tenía terminantemente prohibido entrar a esas galeras, porque esos indios tenían piojos, eran sucios y algunos estaban enfermos.

Una noche, recuerdo, un niño de esa galera empezó a toser. Al día siguiente ya eran como cinco; a la semana siguiente, todos los niños tenían tosferina. Las galeras estaban casi enfrente de la casa de la finca y en la noche se oía la tos de los patojitos, como una pesadilla.

Una cierta angustia me invadió y corrí al cuarto de mi padre a decirle que esos niños se iban a morir, que se estaban asfixiando, que hiciéramos algo. Mi padre me tomó de la mano, me llevó a mi cuarto, me acostó, me arrojó y me dijo dulcemente: "No te preocupes, no son niños, son indios".

Así, ví desfilar frente a la casa, algunas cajitas de muerto, pintadas de blanco, acompañadas tan sólo por el padre, la madre y otros que seguramente eran familiares. Los demás compañeros de trabajo no los acompañaban porque el corte debía continuarse. En la noche, los grupos que subían al cementerio eran mayores; muchos indios, alumbrándose con velas o faroles de madera y papel, se dirigían en silencio o hablando en voz baja y en su dialecto, a realizar sus ritos. Mi padre me señalaba con el dedo a esos **paganos** que adoraban ídolos y se emborrachaban y lloraban a gritos en el cementerio.

“¿Ya ves? —me decía— ni siquiera les duele que se mueran sus hijos; lo único que les gusta es el guaro (licor), no son como nosotros”.

Mis preguntas no tenían fin. En mi inocencia preguntaba por qué no se les compraba zapatos, por qué no se les daba comida, por qué los niños tenían las barrigas infladas, por qué nunca reían, por qué hablaban distinto, por qué no se llamaba a un médico ¿Por qué? ¿Por qué? Hasta que un día, mi padre, harto de tanta pregunta, me dijo: “—Porque son indios ¿entiendes? Y no quiero volver a oír una sola palabra más”.

Volví a preguntar y lo que recibí fue una golpiza. Aprendí, entonces, a no “meterme en lo que no te importa” y opté por el silencio. Varios años viví esa experiencia, siempre dolorosa.

Recuerdo que eran necesarios dos jeeps para llegar a la finca, uno para nosotros y el otro para el equipaje y la comida. Se suponía que eran vacaciones maravillosas; llegaban amigos de mis padres y nuestros. Me divertía, casi había logrado acostumbrarme a esa situación. Fue en la adolescencia cuando empecé a juzgar a mis padres y a los amigos de ellos, cuando ya no necesité preguntar más. Supe entonces de la injusticia y de la explotación, pero no a nivel razonado. Sólo las sentía.

Una de las últimas veces que estuve allí, en la finca, hubo un temporal: llovía que no cesaban. Los ríos crecieron y tuvimos que volver a la capital. Los jeeps no podían pasar y los indios nos cargaron a todos y nos pasaron al otro lado. Subida sobre la espalda de uno de ellos, veía a mi madre y hermanos que iban delante. Todos sobre los indios, unos indios escualidos y sudorosos. Juré no volver nunca más y así lo hice.

Mi adolescencia fue turbulenta. Vivía en un mundo de frivolidad total. El sexo se presentó de manera muy natural. El grupo de amigos nos reuníamos a divertirnos. Eran fiestas en las que había de todo, desde comida y alcohol hasta drogas. Acostumbrada a no preguntar, sólo observaba. Interiormente surgían dudas: ¿por qué necesitamos estimulantes para estar alegres? Y veía esa decadencia, esa podredumbre, esa promiscuidad con naturalidad. Pero no dejaba de pensar. Buscaba otro camino, otra salida, otra vida.

Mis padres no dejaron de preocuparse. No era normal que me preocuparan esas cosas. Seguramente estaba loca. No era lógico que me conmoviera ante un mendigo, ante los niños que duermen en la calle tapados con periódicos, ante los borrachos que se quedaban tirados en la calle. ¿Estaba loca! Me enviaron al psicólogo. El ocio fue la respuesta. Me inscribieron en la Universidad para “que hiciera algo”.

La Universidad no era la nacional, por supuesto, sino la católica (La URL). Llegué sin ningún entusiasmo pero, para mi sorpresa, encontré muchachos y muchachas de mi misma extracción que tenían las mismas preocupaciones que yo. Empezamos a buscar soluciones, a leer libros, a hacer conjeturas y a tratar de arreglar el mundo. Eramos un grupo como de siete. Cinco de ellos han muerto víctimas de la represión.

## 2. ¿Cómo fue posteriormente su educación política?

Este grupo de compañeros que compartían conmigo ideales aún no definidos se disgregó.

Volví a quedarme sola. Hice un viaje a Europa, en donde conocí a un viejo militante que vivía allí su exilio político. Comenzó a contarme su experiencia personal; luego empezó a resolver mis múltiples dudas, a darme lecturas, a señalarme el camino.



A mi regreso a Guatemala, busqué inmediatamente comprometerme en la práctica. Fue entonces cuando adquirí de veras mi educación política. Sesiones de trabajo y estudio, tareas prácticas, actividad de propaganda concientizadora y un mundo totalmente diferente, con seres totalmente distintos a los que conocía. Una concepción nueva del mundo y de la vida. Un objetivo bien definido: contribuir a ir haciendo la revolución que se impidió como proceso en la Patria nuestra en 1954 y que Guatemala sigue necesitando.

3. ¿Qué dificultades ha encontrado para ejercer su práctica?

La mayor dificultad la tuve cuando intenté unirme a organizaciones populares verdaderamente consciente. Me costó mucho encontrar compañeros y, luego, el período de prueba fue más duro y más largo que el de cualquiera. Yo sabía perfectamente que, por mi extracción de clase, necesariamente se iban a crear problemas. Vi muchas veces desconfianza en los ojos de mis compañeros. En otros vi rencor y hasta resentimiento. Persistí y, después de como un año, logré que me dejaran trabajar en una organización que buscaba vincularse realmente a los intereses de las grandes mayorías de Guatemala. Tuve por introductor a un magnífico compañero, asesinado posteriormente en 1972.

Ingresé nuevamente a la Universidad, esta vez a la nacional. Mi trabajo se redujo unos años al estudio (fuera de las reuniones permanentes que hacíamos fuera de aula), y a tareas prácticas de pequeña envergadura: volanteo, pintas, etc.

El estudio y práctica del marxismo resolvió las dudas de mi infancia y de mi adolescencia. Ahora sé lo que es el indio, lo que es mi padre y los otros terratenientes como él, lo que somos —me incluyo— las capas medias asalariadas, lo que es el proletariado urbano y agrícola.

4. ¿En qué forma ha sido usted afectada por la represión política en Guatemala?

Antes de responder a esa pregunta, quisiera contarle qué sé de la represión: en las casas de los burgueses y, particularmente en la de mis padres, se ayudaba económicamente a los grupos represivos. Afortunadamente, cuando surgieron estos grupos paramilitares de derecha, yo ya tenía una formación política y supe aprovechar todas las ocasiones. Conocí a mucha gente de la MANO (Movimiento Anticomunista Nacional Organizado), integrado por un grupo de asesinos que masacraron a miles de campesinos en el oriente del país, bajo las órdenes del ex presidente Arana Osorio. Muchas veces tuve que mordirme la lengua para no decir nada. Oía a esos hombres hablar de nosotros, vanagloriarse de sus haza-

ñas, contar cómo personalmente combatían a las guerrillas, mencionar formas de torturas que cubanos exiliados en Guatemala les proporcionaban. Supe de sus asaltos y de sus vínculos. Todo esto lo estudiábamos e interpretábamos con los compañeros; nunca dijeron en mi casa más de lo que yo debía oír, pero siempre oí más de lo que ellos creyeran.

Recuerdo, por ejemplo, un asalto al banco de Guatemala que hicieron vestidos de sacerdotes. Supe, asimismo, que fue el padre de cierta Iglesia quien les proporcionó las sotanas. Los vi vestidos de mujer en alguna ocasión (para disimular, decían). Ví a mi madre teñirle el pelo a uno de ellos. En fin, los tuve muy cerca y lo que más recuerdo es la muerte dibujada en sus ojos. Miradas duras tras sonrisas amables. Como se trataba de grupos a sueldo, poco a poco fueron degenerando en delincuentes comunes y entraron en contradicción con su papá Arana, quien se encargó de eliminarlos uno a uno, después de la supuesta "pacificación" del oriente del país.

Clara manifestación de la unión de la Iglesia y las clases dominantes. "Los fieles, sobre todo los pobres, los miserables deben ser humildes, aceptar el dogma cristiano a la par de su explotación, porque Dios sabe lo que hace. Unos nacieron para ser pobres, los otros para ser ricos. Es la ley de Dios".

Personalmente no he sido víctima de la represión. Sin embargo, muchos compañeros de una lucha, que es más amplia que la que lleva la organización popular a la que yo pertenezco, lo han sido. Algunos he visto en boletines públicos que han logrado escapar, pero los más de ellos han muerto. ¿Con cuántos de estos guatemaltecos (hombres y mujeres) que han sido capturados o muertos me siento solidaria!

5. ¿Cómo ha sido su relación con sus compañeros?

Como le contaba en una de las preguntas anteriores, al principio fue difícil. Pero, a través del trabajo organizado, realizado en común, logré y conquisté su confianza. Tuve que pasar varias pruebas difíciles y demostrar mi lealtad a la lucha revolucionaria. Salvado este obstáculo, a nivel puramente personal, he tenido oportunidad de trabajar con varios compañeros. Partiendo de una concepción marxista, dentro de nuestras filas hay un sistema de valores totalmente distinto al de la burguesía. El amor, por ejemplo, dignifica, no envilece. La amistad existe. La envidia, la competencia personal, el egoísmo han desaparecido y han dado paso a otras formas de comportamiento. No son necesarios los estimulantes para estar alegres; nos alegramos con el más mínimo triunfo, con una tarea bien cumplida, con una buena discusión alrededor de una taza de café. Hay un cierto puritanismo que, sin embargo, no nos niega como seres humanos. La disciplina re-

volucionaria nos exigé un comportamiento digno de alguien que lucha con los oprimidos de Guatemala, nuestros hermanos. Existen, sin duda, algunos compañeros que adolecen de ciertos vicios, muchos de ellos jóvenes. Pero no me preocupa, sé que el camino elegido los hará desprenderse de estos remanentes burgueses que de vez en cuando aparecen.

En esta lucha, hombres y mujeres tenemos iguales derechos y obligaciones de tal forma que con unos y otros puedo decir que mi relación es bastante buena.

6. ¿Alguna compañera en especial que usted quiera recordar?

No una, sino muchas. Todas aquéllas con las que he tenido oportunidad de trabajar han dejado en mí su huella. Conocí a la esposa del compañero que ayudó a que me tuvieran confianza. En la lucha ella también, por muchos años, sufría de una enfermedad nerviosa y todos temíamos por su salud. Cuando su esposo fue asesinado pensamos que ella iba a morir o a sufrir una crisis nerviosa que quizá no la dejaría bien. Sucedió todo lo contrario: su dedicación a la lucha revolucionaria se triplicó, y se entregó de lleno a la formación de gente nueva que quería incorporarse a la lucha que llevamos en Guatemala. Conozco a otra compañera, madre soltera, que recibió una herida de bala en una manifestación; se restableció y continúa firme en su lucha. Para no mencionar más casos, el recuerdo imborrable de una compañera muerta en Alta Verapaz en las fincas de explotación espantosa donde aún se pagan Q. 0.25 por día de trabajo. Tres ejemplos de mujeres, como hay muchas más, que han ofrendado su vida a la lucha ineludible por la transformación de esta sociedad dividida en clases.

7. ¿Cuál ha sido la participación histórica de la mujer guatemalteca como agente de cambio social?

Definitivamente la participación de la mujer a lo largo de la historia de Guatemala, es un hecho innegable. Se me ocurre de momento, como reseña histórica, la lucha de María Chinchilla por las reivindicaciones del magisterio nacional y su muerte.

También dentro de las clases dominantes la mujer juega un papel; recuérdese, como ejemplo, la participación de la mujer en 1954, para derrocar al presidente Arbenz.

La participación activa de la mujer en los distintos modos de lucha en Guatemala merece la mejor de las menciones. Hay mujeres comprometidas en las distintas organizaciones revolucionarias del país que, indudablemente, con su participación, jugarán el papel de agentes de cambio social.

8. A su juicio, ¿qué tareas debe emprender la mujer para lograr su emancipación?

En este caso me concretaré a hablar de la mujer revolucionaria. La tarea fundamental que está destinada a realizar para lograr su emancipación no puede ser ajena a la emancipación política de la población. Hablar de emancipación personal no tiene sentido para nosotras. Hombres y mujeres aunados en la lucha revolucionaria, vamos a liberarnos de la dependencia, del subdesarrollo y la ignorancia que nos tipifica como país atrasado, a través de la lucha permanente que nos permita construir una sociedad, en donde ya no exista la explotación del hombre por el hombre. Sólo es dable hablar de emancipación en una sociedad que no esté dividida en clases.

Dentro de todos los grupos que luchan en favor de los intereses de las grandes mayorías oprimidas aún hay remanente del machismo típico burgués y allí, fundamentalmente, tiene la mujer revolucionaria una tarea bien definida que cumplir. Son casos particulares que deben eliminarse a fuerza de estudio, diálogo, crítica y autocrítica.

9.- ¿Alguna experiencia particular que usted desee relatar?

Sí, hay una. Después de varios años en esta lucha dedicada exclusivamente al estudio del marxismo, a la educación de jóvenes y al trabajo teórico. Me entró la inquietud por salir al campo. Mi práctica revolucionaria se limitaba al trabajo teórico de divulgación, educación, impresión de documentos, etc. un buen día de un mes de julio, salimos dos compañeros y yo, rumbo a un lugar de los Departamentos. En un paraje determinado, dejamos el vehículo y empezamos a caminar hasta encontrar a otro compañero que nos llevó a una reunión de concientización con campesinos. Todo fue novedoso para mí. Tuve serias dificultades: siendo de la ciudad, no me resultaba fácil caminar, me resbalaba, caía, me golpeaba ante la risa de mis compañeros que hacían lo imposible por ayudarme. Luego, me dieron otra ropa, de hombre, con botas, etc.

De día, descansábamos un poco, pero de noche caminábamos todo el tiempo para poder llegar a diferentes aldeas, parajes y fincas y a reunirnos con trabajadores del campo y platicar sobre esta lucha. Nadie me ayudaba más, tenía que hacerlo todo yo sola. Tenía que "templarme" decían los muchachos.

Mi comunicación con los campesinos, a nivel de compañeros, fue totalmente diferente que cuando los veía al servicio de mi padre. Todos éramos iguales, nada nos diferenciaba.